



J. SERRA, Lit.

Lit. VIDAL, Oimo, 29.

ENTREVISTA DE FELIPE II CON EL REY DE PORTUGAL.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.



## CAPITULO CXXI.

Portugal.—Situación de este reino al advenimiento del rey D. Sebastian.—Carácter de este.—Propósito que formó para pelear con los infieles de África.—Pide ayuda á Felipe II.—Entrevista de ambos monarcas en Guadalupe.

Dos meses antes de la desgraciada muerte de D. Juan de Austria habia tenido lugar en Portugal un acontecimiento, respecto al cual nos vemos precisados á dar algunos antecedentes por la gran importancia que tuvo para España.

A grande altura habia llegado aquella nacion, provincia en otro tiempo de la monarquía castellana, aun cuando siempre formando parte de la península Ibérica, altura hija de la sábia y prudente administracion de varios de sus monarcas, y de las notables dotes de muchos de sus hijos.

Atrevidos y emprendedores los portugueses, con sus descubrimientos de los siglos XV y XVI, con sus gloriosas empresas de Africa y de Asia habíanse adquirido ricas y extensas posesiones en el Océano Oriental, siendo tenidos, merced á esto, en gran consideracion por todas las demás naciones.

Desde pequeño estado feudatario habíase elevado á reino independiente, y de tal modo fue creciendo, que á todas admiraba la importancia que en tan breve espacio adquiriera.

Uno de los mejores reyes que Portugal habia tenido fue don Juan III, quien dejó por heredero de su corona á su nieto D. Sebastian, niño de tres años cuando aquel falleció.

Dadas á perturbaciones y á ocasionar grandes perjuicios á los reinos suelen ser las menorías, pero la de D. Sebastian, si no atrajo mayores adelantos á su país, tampoco le fue tan desastrosa como todas las que hemos tenido que registrar en el curso de nuestra historia.

Confiada la regencia del reino, primeramente á su abuela la reina D.<sup>a</sup> Catalina, y mas tarde á su tío el cardenal D. Enrique, trataron solo de sostener su administracion lo mas conforme á los intereses generales del reino que les fuera posible, y educar al futuro Monarca de un modo que correspondiera á la grandeza y á los hechos de los antepasados.

Desde sus primeros años mostróse ya D. Sebastian resuelto y de ánimo levantado, y estas disposiciones aumentaron cuando salió de la tutoría, reflejándose en sus actos y en sus deseos la educacion semimonástica que habia recibido de los padres Jesuitas, que por entonces ejercian una gran influencia en el palacio real de Lisboa.

Exaltado su espíritu caballeresco por las religiosas exhortaciones y por las máximas de su confesor el P. Luis de la Cámara, su única aspiracion, como él decia, era la de ser el capitán de Cristo.

Tan diestro para regir un corcel, como fuerte para manejar las armas y soportar las rudas fatigas del combate, dió muestras en la costa de Berbería de su valor.

Pero no estaba satisfecho con esto; anhelaba empresas de mayor importancia, y manifestó definitivamente su propósito de marchar á la India, tanto para descubrir nuevas regiones, cuanto para convertir infieles.

Semejante resolucion, no la mas encaminada á tranquilizar sus reinos, causó un poca inquietud, y tratóse de disuadirle, tanto con el peligro que personalmente podia correr, cuanto con el riesgo que amenazaba á sus propios estados.

Mas no era D. Sebastian de aquellos que fácilmente ceden del empeño que se han propuesto, y menester fue para hacerle desistir de él proponerle una empresa contra los moros de Africa, en la cual pudiese, tanto emplear su valor, cuanto satisfacer su religioso anhelo.

Aceptó el cambio, y con aquella perseverancia y aquel empeño que en sus propósitos ponía, trató inmediatamente de llevarla á cabo.

Precisamente en aquellos momentos un incidente inesperado vino á exaltar doblemente al Monarca portugués, que parece que cuando ha de realizarse una catástrofe, agloméranse los incidentes de tal modo, que la facilitan en vez de evitarla.

El rey de Fez y Marruecos, Muley-Mohamet, fue despojado de sus estados por su tío Abd-el-Melik, mas conocido bajo el nombre de Muley-Muluch.

Ansioso de recuperar su trono, pidió auxilios al rey de España, pero Felipe II, prudente y cauto como siempre, no se mostró muy dispuesto á dárselos, y el infiel entonces se dirigió al rey de Portugal, quien se lo prometió, con tanto mayor entusiasmo, cuanto tan admirablemente se avenía con sus propios deseos.

Decidida ya la expedicion á Africa, quiso D. Sebastian contar antes con su tío D. Felipe, y para este efecto envió á Madrid á D. Pedro de Alcazaba, quien llevaba además de esto el encargo de pedir al Monarca la mano de su hija mayor, y una entrevista con el Monarca en el lugar que este designase.

Felipe á su vez envió á Lisboa á D. Cristóbal de Morera (según otros, Mora), oriundo de Portugal, pero largo tiempo dedicado al servicio de Felipe II, que le habia hecho su gentilhombre de boca y cámara, y encargado no pocas honrosas y arduas comisiones. La de esta vez se reducía á concertar el sitio y tiempo en que habian de realizarse las vistas de ambos monarcas, logrando al fin que se concertaran estas para el mes de setiembre, en el monasterio de Guadalupe, en Extremadura.

Trataban muchos é importantes nobles portugueses de disuadir á D. Sebastian de su temerario empeño, mas nada bastaba á con-

vencer al alucinado Monarca, que el 12 de diciembre partió de Lisboa, y á unos tres cuartos de legua antes de llegar al lugar de la cita hallóse á Felipe, que habia salido en su busca, y en cuyo carruaje se encaminaron ambos al convento. Acompañaban á D. Sebastian el duque de Aveiro y D. Juan de Silva, y al rey de Castilla D. Fernando de Toledo y el marqués de Aguilar, yendo tambien con ellos D. Cristóbal de Mora, que asistió á las conferencias, que inmediatamente empezaron á celebrarse, como en calidad de internuncio entre los dos soberanos.

Quería Felipe disuadir á su sobrino de su empresa, obstinábese este en realizarla, y al fin discurrió aquel concederle su ayuda con tales condiciones, que mas habian de impedir é imposibilitar la jornada que de allanarla. Eran estas: que habia de limitarse á tomar á Larache; que la expedicion no habia de pasar del año siguiente 1577, lo cual era difícilísimo de ejecutar; y que habia de llevar á ella quince mil soldados extranjeros, en cuyo caso él le daría y costearía la tercera parte, con mas cincuenta galeras, y esto á condicion y en el caso de que la armada turca no se presentase, como se temía, en Italia.

Por lo respectivo á casamiento, le ofrecía una de sus hijas, sin designar cuál fuese, cuando tuviera la competente edad.

Fácil es comprender que no habia de quedar muy satisfecho don Sebastian de las trabas impuestas á la realizacion de su dorado sueño, así que, á pesar de separarse cortesmente del Monarca español, á pesar de los mútuos regalos que, así ambos como los que les acompañaban, se hicieron, reinó en la despedida mucha menos cordialidad y efusion que en el recibimiento, y despues de ella, el portugués tornó á Lisboa resuelto á preparar su empresa, y el castellano tomó la vuelta de Madrid pensando los medios de disuadirle de ella.

En Lisboa aguardaban á D. Sebastian nuevas contrariedades para su proyecto; la animada pintura que de su gloria y ventajas hizo, no pudieron ofuscar á los nobles de mayor representacion y autoridad, á quienes las expresó, y todos á una voz le manifestaron sus inconvenientes, y, como Felipe, trataron de hacerle renunciar á él. Mas hallábase completamente obcecado el lusitano, y á las leales observaciones de los que le rodeaban «no los he llamado, contestó, para aconsejarme si he de ir ó no, porque estoy resuelto á ello de todos modos, sino para que me propongais mejor el modo de levantar gente, con lo demás necesario para la jornada.»

Con esta respuesta no hubo ya quien tratara de oponerse abiertamente á los designios de D. Sebastian, y dedicóse este á allegar los recursos necesarios para ponerlos en planta. Nada hubo á este fin que dejase de hacer: impuestos extraordinarios, de que no se exceptuó el mismo clero; alteracion de la ley de la moneda; cargas nuevamente aplicadas á los judíos, todo le parecia bueno con tal que le pusiera en condiciones de llevar á cabo su proyecto.

Nada queria oír contrario á su dictámen, en vano fue que D. Antonio Acuña, hombre experimentado, le representase una y otra vez sus inconvenientes, pues él contestaba á sus observaciones, consultando á los médicos, si la edad podia haber amenguado el valor y juicio de este, y en vano fue tambien que Felipe II, persistiendo en su empeño, le enviara al duque de Medinaceli á exponerle, además de las razones que ya le tenia manifestadas, la inconveniencia de declarar la guerra á Muley-Muluch, siendo este amigo del turco, con quien el Monarca español andaba en tratos para ajustar una tregua que librase de todo peligro sus posesiones de Italia.

Nada de esto fue bastante para que el portugués desistiera de su propósito, y contestando al rey de España, que con su ayuda ó sin ella estaba resuelto á marchar á Africa, y sin escuchar tampoco las reflexiones que le hacian, lo mismo la reina viuda de Portugal, que el cardenal D. Enrique y los nobles de su reino, ni atender á las ventajosas proposiciones que el mismo Muley-Muluch le hizo, comenzó á reunir su ejército haciendo todos los aprestos para su expedicion.

Diez y siete mil hombres llegó á reunir, de los cuales, exceptuando tres mil alemanes, seiscientos italianos, dos mil castellanos, bajo el mando de D. Alonso de Aguilar, y quinientos nobles portugueses, todo lo demás era gente allegadiza, menestrales y artesanos alistados por fuerza, y mas á propósito para ocasionar una derrota que para alcanzar una victoria.

Puesta la armada bajo el mando de D. Diego de Loma, y nombrados gobernadores del reino durante la ausencia del Monarca D. Jorge de Almeida, arzobispo de Lisboa; D. Pedro de Alcazaba, D. Francisco de Zea y D. Juan Mascareñas, embarcóse el rey en junio de 1578, dirigiéndose á Cádiz, donde fue espléndidamente recibido por el duque de Medinasidonia.

Ocho dias permaneció allí, al cabo de los cuales, dándose de nuevo á la vela, cruzó el estrecho, y enviando á D. Duarte de Meneses para que avisase á Muley-Mohamet para que estuviese prevenido, desembarcó en Arjala, perdiendo allí quince dias en impropiedades consultas; dias que mientras tanto aprovechó diestramente Muley-Muluch, saliéndole al encuentro con un ejército de cuarenta mil caballos y treinta mil infantes.





J. SERRA, Lit.

LIT. VIDAL, OLMO, 29

MUERTE DEL REY D. SEBASTIAN.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.



## CAPITULO CXXII.

Desastrosa batalla de Alcázar-Quivir. — Consternacion en Portugal. — El cardenal D. Enrique es elegido monarca. — Dificultades que opone el rey de España á sus proyectos.

«DIA funestamente memorable para Portugal fue el 4 de agosto de 1578» así exclama nuestro erudito historiador Lafuente hablando de aquel en que hubo de medir sus armas la hueste portuguesa con los soldados de El Moluco, segun llaman á Muley-Muluch las antiguas crónicas.

Con mas bravura que discrecion, con mas arrojo que cautela, desoyendo el parecer de sus prudentes capitanes, el que ya habia desatendido antes de salir de Lisboa las prudentes reflexiones de sus mas esclarecidos y doctos caballeros, persistió en su marcha por tierra hácia Larache, marcha dada mas bien al peligro y á la sorpresa, que no á la conveniencia y al acierto.

A los cinco dias, y cuando hacia veinte de su desembarco en Africa, fué á acampar en las llanuras de Alcázar-Quivir, en cuyo punto se reunió con él Francisco de Aldana, capitán de Felipe, que era portador de algunos regalos de este y de una carta del prudente y experimentado duque de Alba, llena de discretísimos consejos y avisos muy importantes respecto á la clase de guerra que iba á emprender.

Si dispuesto se sintió D. Sebastian á seguir aquellos consejos, no le fue posible ponerlo en práctica, puesto que al siguiente dia, 3 de agosto, el ejército africano se presentó ante su vista.

Contra las seguridades del destronado Muley-Mahomet, en cuya ayuda habia ido el portugués, ni un solo soldado de los de su rival se pasó al ver su estandarte, así que mientras los infieles se regocijaron de ver el escaso número de contrarios á quien tenían que combatir y sintieron acrecer sus bríos, los cristianos, por el contrario, se vieron solos y aislados frente á aquel formidable ejército, y temieron las consecuencias de la batalla.

Muley-Muluch iba tan gravemente enfermo, que tenia necesidad de ser conducido en hombros ó en silla de mano, pero era tal la energía de su indomable espíritu, que se hacia montar á caballo, y, sostenido por dos musulmanes, recorría las filas de los suyos, arrojándoles é infundiéndoles aliento.

La sola esperanza que podia restar, tanto al destronado Xerife cuanto á sus aliados, era que muriese Muluch antes del comienzo de la batalla, produciendo su muerte la natural confusion y desconcierto.

Pero el Monarca portugués, cual si la fatalidad le impulsara, desde el instante en que vió ante sí al enemigo, ardió en mayores deseos de combatir, y sin querer atender de nuevo la opinion de los que optaban por atrincherarse perfectamente y aguardar el ataque del enemigo, ó á lo menos, teniendo en cuenta las supersticiones y costumbres de los infieles, atacarles de noche, no quiso mas que luchar lo mas pronto posible y sin precaucion de ninguna clase.

Consecuencia de esto fue el dar comienzo á la batalla en la mañana siguiente, dia 4, en muy desfavorable situacion para los cristianos, haciendo presagiar un desastroso resultado.

El choque del hierro contra el hierro, el furioso galopar de los corceles, el silbido de las flechas y de las ballestas, el inmenso alarido de los infieles y los heterogéneos gritos de los cristianos, los ayes de los heridos y los gemidos de los moribundos, la discordante algarabía de los instrumentos africanos y el agudo sonido de los clarines cristianos, resonaron por la extensa llanura, produciendo una inexplicable confusion de ruidos diversos, de sensaciones distintas, que debían impresionar penosamente el ánimo de los que en aquel trance se veían, mas por el imprudente ardor de un joven impetuoso, que por la misteriosa é incontrastable fuerza de su destino.

Pocos en número los soldados viejos; valerosos pero escasos los castellanos y aun cuando acostumbrados á vencer, los nobles portugueses, vieron envueltos á su pesar por aquella innumerable morisma que, cebándose desapiadadamente en los pelotones de gente allegadiza y poco acostumbrada á los combates, que constituía el núcleo del ejército cristiano, al romper por todas partes su línea, llevaban la confusion y el desorden á los que habian probado su valor en cien combates y sabían denodadamente hacer cara al enemigo.

La casualidad postrera con que habia contado el Xerife Muley-Mahomet se realizó desde el principio de la batalla. Muley-Muluch falleció en los primeros momentos, pero con tanta habilidad supieron los que le rodeaban ocultar su muerte al ejército, que este siguió luchando sin sospechar siquiera que quien les habia conducido al combate habia sido el primero en sucumbir.

Los momentos supremos habian llegado; el ejército portugués estaba deshecho, cubierto de cadáveres cristianos estaba el campo, y no era posible pensar en otra cosa que en morir con la mayor honra posible.

Así lo comprendieron los nobles portugueses, y así tambien el mismo rey D. Sebastian, que desde los primeros momentos mostróse mas como valeroso soldado que como prudente monarca.

Sin dar descanso á su brazo, sustituyendo la lanza que se le quebraba con la formidable espada, y esta, al partirsele, con la pesada hacha, sin reparar en el número de enemigos, hería cuanto se le oponía á su marcha, y donde el peligro arceciaba, donde habia alguno á quien salvar ó alguno cuya muerte debía vengarse, allí estaba el joven Rey, tan invencible á la fatiga como invencible ante el enemigo.

*Y agora, señor, ¿qué hemos de hacer?* le preguntó D. Fernando Mascareñas al verse casi solos en medio de una muchedumbre enemiga: *Hacer lo que yo hago*, contestó el Monarca arrojándose en medio de aquel agitado mar de lanzas, cimitarras y ballestas enemigas.

Allí fue herido en el brazo izquierdo, allí perdió su caballo, mas sin cuidarse de la herida, apenas D. Jorge de Albuquerque le dió el suyo, tornó de nuevo á caer sobre sus contrarios, destrozando, hiriendo y matando cuanto hallaba por delante.

Asombro causaba al enemigo tanto valor, en términos, que un alcaide moro ofrecióle ponerle en salvo, pero el Monarca rehusó su oferta, y cuando al pasear su vista por el campo no vió mas que cadáveres portugueses, exclamó dirigiéndose á uno de sus caballeros: *la libertad real se ha de perder con la vida*; y efectivamente, casi solo el Rey, y antes la fuerza perdida que abatido el espíritu, tras cien nuevos prodigios de valor, el allanje de un musulman alcanzóle en el rostro, y haciéndole caer del caballo otros musulmanes, le alcanzaron nuevamente en el rostro y la garganta, único sitio que no llevaba resguardado por la armadura.

Allí pereció el valiente rey de Portugal en medio de once mil cadáveres de los suyos, cadáveres entre los que se contaba lo mas esclarecido de la nobleza portuguesa, prelados ilustres, veteranos italianos y castellanos, quedando cautivos los que pudieron salvar de aquel terrible naufragio.

El mismo Xerife, causa de aquella desdicha, pereció tambien al pasar el rio Macazin, y el cadáver del joven Monarca, que aun no contaba los veinte y cinco años, fue presentado desnudo y lleno de heridas en la cabeza y en el cuello al Xerife Muley-Amet, hermano y heredero de El Molucho, siendo reconocido por varios caballeros portugueses que, como hemos dicho, se hallaban cautivos (1).

Extraordinarios fueron el luto y la consternacion que esparcieron en Portugal las noticias recibidas de Africa.

Sin monarca el reino, sin ejército, perdida la mayor parte de la nobleza, exhausto el tesoro, y falto el país de tantos brazos como habian caído en Alcázar-Quivir, no quedaba para ponerse sobre aquel trono que quedara vacante y sin sucesion directa, mas que el cardenal D. Enrique, tío del Rey difunto, anciano septuagenario y achacoso.

Desde Eborá, donde residia, llamaronle á Lisboa, y proclamándole rey, le juraron con toda solemnidad el dia 28 de agosto de 1578.

Tan luego como Felipe II tuvo noticia de la catástrofe de Africa, catástrofe que ya habia sentido, apresuróse á enviar á Lisboa á D. Cristóbal de Mora, persona sagaz y entendida, con el encargo aparente de felicitar al nuevo Monarca, mas con el verdadero de observar y estudiar detenidamente el ánimo de los portugueses.

El rey de España comprendia que muy presto habria de suscitarse de nuevo la cuestion de sucesion, puesto que la edad de don Enrique era muy avanzada, y muchos sus achaques, y como habia algunos pretendientes, de igual modo que en el siglo XV los habia para el trono de Aragon, vacante por la muerte del rey D. Martin, creyó prudente tomar sus precauciones.

En Portugal habia un gran partido en favor del rey de España, mas tambien la duquesa de Braganza, sobrina de D. Enrique, tenia sus partidarios, inclinándose en favor de esta la voluntad de su tío, que no era muy amigo de D. Felipe.

Los partidarios de la Duquesa inspiraron al Rey la idea para salvar las dificultades que la sucesion podia ocasionar, que impetrase licencia de Roma para contraer matrimonio, y ver si por este medio quedaba asegurada la sucesion legítima y directa.

A pesar de su edad y á pesar de estar enfermo de tisis, entusiasmóse el septuagenario Monarca con semejante proyecto, y sus embajadores en Roma instaron obstinadamente para obtener la dispensa apetecida.

D. Cristóbal de Mora notició á su vez á Felipe todo cuanto ocurría, y comprendiendo este lo importante que era desbaratar aquel plan, propúsose que en Roma se denegase la demanda del portugués, para cuyo efecto envió instruccion tras de instruccion á su embajador en la corte pontificia, que lo era á la sazón D. Juan de Zúñiga, mandando tambien al mismo tiempo á Lisboa al dominico Fr. Hernando Castillo, para que viera de disuadir de su propósito al anciano Monarca.

Grande fue el enojo que sintió el rey de Portugal contra el monarca de España, cuando el dominico Castillo en la audiencia que obtuvo, le hizo razonadas amonestaciones para disuadirle de su matrimonial proyecto, dándole orden de que volviese cuanto antes á su país.

Felipe, enterado de cuanto ocurría en Lisboa por su diestro agente Mora, queriendo ganarse afectos, negoció con el nuevo rey de Fez el rescate de los cautivos portugueses, ordenando á la par que se apercibiesen las galeras de Italia y levantando gente en Castilla.

(1) El cuerpo de D. Sebastian fue enterrado en Alcázar hasta que, pocos meses despues, fue entregado al gobernador portugués de Ceuta, no queriendo el Xerife aceptar cantidad alguna por su rescate. Los demás cautivos fueron rescatados mas tarde con el dinero del rey D. Felipe II, siendo su negociador en este asunto D. Pedro Venegas.





J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO 29

ENTRADA DEL PRIOR DE CRATO EN LISBOA.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.



## CAPITULO CXXIII.

Prosigue el rey D. Felipe ganándose la voluntad de los portugueses.—Aprestos que hace para en caso de guerra.—Aspirantes á la corona de Portugal.—Congréganse las Cortes portuguesas.—Protesta del rey de España.—Muerte del rey D. Enrique.—El prior de Crato.—Entra el ejército español en Portugal.

Don Cristóbal de Mora, seguía entre tanto obrando con la sagacidad y el acierto de que dió tantas muestras durante toda esta negociación y proseguía atrayéndose al partido de Felipe, muchos y nobles portugueses, entre otros, al famoso jurisconsulto Barbosa que desde luego se puso á escribir en favor de aquel.

Una grave enfermedad que padeció el rey de Portugal, y el verse de todos asediado y contrariado en sus proyectos matrimoniales, obligóle, despues de escuchar el parecer de sus consejeros, á hacer una notificación á cuantos se creyeran con derecho al trono, para que en el término de dos meses le pusieran de manifiesto las pruebas en que se fundaran todos sus derechos, por medio de procurador, para que él resolviese con verdadero conocimiento de causa.

No era por cierto este el tribunal mas imparcial y equitativo, pero Felipe, por no mostrarse sobradamente severo, no decidió por el momento combatir ni denegarse al expediente propuesto por el portugués.

Sin embargo, como preliminar, y preliminar de gran consideración, teniendo en cuenta que procedía de un rey como D. Felipe, dirigió á la Cámara de Lisboa una comunicación que revestia cierto carácter de intimidación que no podía dejar de producir su efecto en el ánimo de los consejeros portugueses.

Enumeraba los derechos que le asistían, como eran los de ser hijo de la emperatriz D.<sup>a</sup> Isabel y tanto él como sus hijos, nietos del rey D. Manuel de Portugal, prosiguiendo despues «por todas estas causas y razones tengo tanto respeto al serenísimo Rey mi tío y tanta obligación á desear que su vida sea larga como vosotros mismos; mas estando las cosas de la sucesión de ese reino en el estado que vos sabéis, he querido con mucha consideración y maduro consejo saber el derecho que Dios fue servido darme por sus ocultos juicios: y habiendo mandado mirar este negocio en mis reinos y fuera de ellos por personas de ciencia y conciencia, hallan todos que la herencia de los dichos reinos me viene á mí de derecho sin duda ninguna, ni haber persona de las que hoy viven, que con razón ni justicia en manera ninguna me lo pueda contradecir por muchas y claras razones, y particularmente entre todas por ser varón y mas viejo en dias, como es notorio y sabido...» Añadiendo despues que considerasen «que no es rey extranjero el que os ha de heredar, sino tan natural como está dicho, pues soy nieto y hijo de vuestros príncipes naturales, y de su misma sangre, y seré tan padre de cada uno como todos lo vereis cuando fuere Dios servido; mas desde ahora os he querido rogar que con vuestra madura prudencia y larga experiencia vais mirando y apuntando todas aquellas cosas en que yo os puedo hacer honra y favor, no solo en conservar vuestros privilegios y libertades, pero en aumento dellas en general y de cada uno en particular.»

Fácilmente se comprende la impresión que un lenguaje tal habia de causar al portugués, que tan favorable se mostraba á la Duquesa de Braganza, su sobrina, con cuya hija pensó en contraer matrimonio. Mas cuando trató de consultar la opinión de los jurisconsultos de su reino, para apoyar mas su propósito, se encontró con que todos habian sido diestramente ganados por el español Mora, y estaban por tanto en favor de Felipe.

Los aspirantes al trono portugués eran, en primer término, el rey de España, la duquesa de Braganza, el prior de Crato, D. Antonio, hijo bastardo del infante D. Luis y de una mujer de raza hebrea, llamada Violante Gomez; el duque de Saboya Ramiero Farnesio, hijo del príncipe de Parma, y la reina Catalina, viuda del rey de Francia; exceptuando esta, todos derivaban sus derechos de la descendencia del rey D. Manuel, pero quienes los tenían verdaderamente eran D. Felipe y la duquesa de Braganza, que se hallaban en el mismo grado, aun cuando el primero llevaba la ventaja del sexo y de la mayoría de edad.

Todos enviaron sus procuradores á Lisboa, mas los que abrigan la seguridad de que no alcanzarían una solución favorable, antes que ceder á que se uniese Portugal con España, favorecían con mas ó menos recato al Prior, que por su carácter bullicioso é inquieto era el que oposición mas fuerte podía ofrecer al monarca español.

La reina de Inglaterra y los flamencos, enemigos de Felipe II, favorecían á los portugueses contrarios á este, y la cuestión de sucesión á la corona portuguesa, se trataba con vivísimo interés en todas las cortes de Europa.

El duque de Osuna marchó el 9 de octubre á Lisboa, con instrucciones de Felipe, quien, al ver que el rey D. Enrique proseguía en sus propuestas matrimoniales, creyó llegado el caso de obrar con mas energía y por medio de aquel protestó, manifestando que no reconocía al monarca portugués como juez competente para fallar en aquel asunto, y que su derecho á la corona portuguesa era, no solo preferible al de todos los demás candidatos, sino que superaba al del mismo cardenal D. Enrique.

Reunidas las Cortes, acordóse finalmente que el Rey nombrara cinco gobernadores entre quince caballeros elegidos por los tres brazos del reino, y que se nombraran veinte y cuatro jueces, de los cuales pudiera el Rey elegir once, los cuales habian de fallar,

respecto á la sucesión, en caso de que á la muerte de D. Enrique no quedase asegurada aquella.

El rey de España protestó tambien contra aquel acuerdo, enviando á la par al marqués de Santa Cruz con las galeras españolas, mientras el duque de Osuna dirigía á los gobernadores un requerimiento, para que reconocieran como á su legítimo rey á don Felipe, enviándole á llamar.

Semejante actitud impuso al Cardenal, quien propuso que se reconociera como sucesor á un hijo del rey de España; mas tambien se opuso á ello Felipe, sabedor de que el prior de Crato, á quien él mismo habia rescatado del poder de los infieles, andaba en tratos con sus enemigos á la par que le hacia una fingida sumisión, y que concitaba al pueblo en su contra, procurando al mismo tiempo sobornar testigos para probar la legitimidad de su nacimiento, y en su consecuencia á la par que el rey D. Enrique le formaba proceso privándole de todos sus honores, jurisdicciones y prerogativas, desterrándole del reino como traidor á la patria, procedía Felipe á nombrar los maestros de campo y los capitanes que habian de mandar el ejército que fuese á Portugal.

Por fin, próximo ya al sepulcro el rey D. Enrique, convocó las Cortes para enero de 1580, y en ellas decidióse por declarar el mejor derecho de Felipe, mas aun cuando de los tres brazos del reino dos de ellos, que fueron el eclesiástico y el de la nobleza, conformáronse con la decisión del monarca, el brazo popular, mostróse contrario exigiendo un rey portugués.

Indecisa estaba la cuestión todavia cuando falleció el rey D. Enrique al cabo de diez y siete meses de su proceloso y difícil reinado que terminó la noche del 31 de enero de 1580.

Apenas hubo fallecido el Monarca, los cinco gobernadores que se constituyeron en defensores de los reinos de Portugal, como se titulaban, enviaron una embajada á Felipe al objeto de que esperase, antes que recurrir á las armas, á ver la solución que se daba al asunto de la sucesión, pero el monarca de España respondióles en términos claros y precisos que su derecho era legítimo, y por lo tanto no necesitaba que jueces lo declarasen, y mucho menos ellos, en quienes no reconocía competencia, y que serian ellos solos los responsables de la sangre que por esta causa se derramara.

Grave era el compromiso en que se hallaban los gobernadores, pues aun cuando la mayoría de ellos era afectá á Felipe, temían la indignación del pueblo que se les continuaba mostrando contrario, á lo cual contribuía muy especialmente el prior de Crato, que proseguía excitándole y al cual protegían y ayudaban, aun cuando recatadamente, las potencias enemigas de Felipe.

Este á su vez, obrando con sobrada lentitud, cuando hubiera sido necesaria mas actividad, trataba de ir ganándose voluntades por medio de las dádivas y concesiones, para lo cual envió instrucciones al duque de Osuna ofreciendo la conservación de los fueros, privilegios y demás franquicias de los portugueses.

Al mismo tiempo, y dispuesto ya el ejército que habia de entrar en Portugal, nombróse para que le mandara al anciano duque de Alba, que á la sazón se hallaba desterrado en su villa de Uceda á consecuencia de un desacato, cometido por su hijo D. Fadrique, con una dama del real palacio.

Reunido en Badajoz el ejército, resguardadas las fronteras portuguesas por los señores que en ellas tenían villas y castillos, confiada la armada al veterano D. Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz, trasladóse el mismo Rey á aquel punto en marzo de 1580, confiando el encargo de los negocios del reino, durante su ausencia, al cardenal Granvela.

Poco tiempo despues fueron á reunírsele la Reina y el príncipe D. Diego, que poco hacia fue jurado sucesor de la corona por muerte de Fernando, y el duque de Osuna, á quien Felipe envió á buscar para que le diese cuenta exacta del estado de Portugal.

En todos los templos de España se hacían públicas rogativas por el buen éxito de la guerra por orden del Rey, y todo hacia presumir que esta habia de ser porfiada y sangrienta, pues, el pueblo, agitado por el prior de Crato, cada dia se mostraba mas enemigo del español.

Nuevas embajadas enviaron los gobernadores que fueron completamente infructuosas, y entonces vacilando respecto á la conducta que habian de seguir, ni supieron apercibirse oportunamente para la defensa del reino, ni evitar su desgracia, reconociendo en su tiempo al rey de España.

Todo era agitación en Portugal, á todas partes se pedían auxilios, el bullicioso Prior que contaba con muchos partidarios entre las clases inferiores, era quien mas se movía, hasta que finalmente en Santarem se hizo aclamar por rey y consagrar por el Obispo de Laguardia en 18 de junio, entrando en Lisboa al 24, obligando á huir á los gobernadores y siendo hospedado, recibido y aclamado como tal monarca.

Al mismo tiempo el ejército español, compuesto de veinte y cinco mil infantes, mas de mil seiscientos caballos y cincuenta y siete piezas de batir, se ponía en movimiento penetrando en Portugal.





J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO, 29.

TOMA DE LISBOA POR EL DUQUE DE ALBA

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.



## CAPITULO CXXIV.

Triunfos del duque de Alba.—El prior de Crato queda derrotado.—Entrada del duque de Alba en Lisboa.—El rey D. Felipe II es proclamado rey de Portugal.—Muere en Badajoz la cuarta esposa del Rey.

ENTREGÁRONSE sin ofrecer resistencia al ejército español las plazas de Gelves y Olivenza, haciendo presumir este primer resultado que tal vez la campaña fuese breve y feliz.

El nuevo monarca de Portugal escribió al duque de Alba ordenándole que saliese inmediatamente del reino, y precisamente para formar notable contraste con su conducta, el duque de Braganza que, á pesar de tener algun mas derecho á la corona portuguesa, por su esposa, declaró al rey de Castilla que le cedia todos sus derechos, rogándole que respetase sus tierras y sus vasallos que componian sobre una tercera parte del territorio portugués.

Una vez ante los muros de Setubal el duque de Alba, intimó la rendicion á sus defensores, ofreciendo que respetaria las personas y haciendas, amenazando en caso contrario con tratarles con el mayor rigor.

En vista de esto, y de que la guarnicion, compuesta de algunas compañías auxiliares de franceses é ingleses, con insigne cobardía mostráronse dispuestas á abandonar la poblacion, salió una comision á conferenciar con el Duque, suplicándole suspendiese el ataque hasta que aquella marcha tuviera efecto.

El castillo, considerado como inexpugnable y que estaba defendido por el alcaide Mendo de la Mota, que contaba con ochenta piezas de artillería y que se hallaba protegido por varios galeones, fue rudamente combatido por Próspero Colonna, D. Francés de Alava y el famoso ingeniero Antonelli, mientras que por la parte del mar el marqués de Santa Cruz operaba con su armada, que llegó en el momento oportuno.

El 23 de julio de 1580 se rindió aquella fortaleza, y una vez que ondeó en ella el pendon español, fue proclamado D. Felipe II como Rey de Portugal.

Encontrados fueron los pareceres respecto al camino que habia de emprenderse desde Setubal para llegar á Lisboa. El duque de Alba opinaba por marchar á Cascaes, que era el mas corto, pero los demás se oponian porque era el mas peligroso en razon á lo escarpado del terreno y á que D. Diego de Meneses, general en jefe de las tropas de D. Antonio, tenia guardados aquellos desfileros por algunos miles de soldados y una batería.

Pero el anciano duque de Alba, lleno de bélico ardor, no cedió en su propósito, y demostró tal pericia y un tacto tan especial en aquella marcha, que no pudo menos de admirar á los mas jóvenes y valientes.

Alucinando al enemigo con una fingida marcha á Santarem, lanzóse de repente sobre el difícil paso, forzándole sin gran resistencia, y penetrando en Cascaes, batió sin tregua el castillo, entrando en él por la fuerza, y apoderándose del general D. Diego de Meneses ordenó que fuese decapitado inmediatamente.

Extraordinario fue el pánico que produjo en Lisboa la noticia de esta nueva victoria de los españoles, siendo necesarios grandes esfuerzos por parte del antiguo prior de Crato para que no se entregara tambien.

Sin embargo, este, al ver que todas las fortalezas de ambas riberas del Tajo estaban en poder de los españoles, procuró entrar en tratos con el Duque, el cual le contestó felicitándole por el buen acuerdo que habia tenido; mas como en la carta omitiera el tratamiento de majestad, irritóse D. Antonio, y diciendo: *Los reyes son reyes, los capitanes capitanes, y las victorias Dios las da*, dió por rotas las negociaciones, aprestándose para una defensa desesperada.

Reunió todas las fuerzas que pudo, para cuyo efecto alistó toda la gente útil de Lisboa sin escepcion de ninguna especie, y confiando el mando de las compañías á los frailes, dirigióse á Belen, en cuyo punto decidió esperar al de Alba.

Poco tiempo llevaba en aquel sitio, cuando las continuas deserciones que en su ejército tuvieron lugar, obligáronle á retirarse y tomar posiciones cerca del rio y puente de Alcántara, inmediato á Lisboa, en un cerro bastante escabroso y al abrigo de los buques.

Prudentemente habia ido el duque de Alba aproximándose á Belen, y conociendo el sitio en que se hallaba su contrario, combinó su plan para concluir de una vez la campaña, poniéndose de acuerdo con el marqués de Santa Cruz.

Y al llegar á este punto no podemos menos de hacernos cargo de la astucia empleada por Felipe II para dejar burlada la pretension pontificia respecto á la corona de Portugal.

Ya en otro lugar digimos que el pontífice Gregorio XIII pretendia que se considerase aquel reino como un feudo de la Santa Sede, y para decidir á Felipe á que depusiese las armas, sujetándose á la decision de Roma, envió al cardenal Alejandro Riario en clase de legado.

Apenas Felipe tuvo noticia de ello, ordenó que se le entretuviera durante su viaje por España con grandes festejos al objeto de que cuando llegara á su presencia, ya estuviesen las tropas españolas posesionadas de aquel reino.

Cuando el Cardenal legado llegó al punto en que residia Felipe, todavia procuró con varios pretextos dilatar la entrevista, concediéndola por fin cuando el duque de Alba daba vista á Lisboa.

Enterado Felipe de la mision del Cardenal, manifestóle que ya era demasiado tarde para acceder á la pretension del Pontífice, por

cuanto sus tropas estaban próximas á penetrar en Lisboa, y como el legado insistiese en pasar á la indicada capital, el Monarca, en términos corteses, procuró disuadirle, diciendo que no podia consentir corriese los peligros que indudablemente correria en una poblacion dominada por las turbas tumultuadas, obligando así al Cardenal á regresar á Roma sin haber podido evacuar su comision.

Entre tanto el duque de Alba, despues de haber dado sus últimas disposiciones para el combate, el 25 de agosto de 1580 se hizo conducir en una litera á un lugar desde donde pudiera distinguir todo el campo de batalla, y una vez comenzada esta, no fue difícil adivinar por quién habia de quedar la victoria.

Aguerridos y triunfantes los españoles, bisoños y poco disciplinados los portugueses, presto se pusieron en fuga hácia la ciudad, mientras la escuadra portuguesa tenia que rendirse al marqués de Santa Cruz.

«No queremos encarecer el mérito de esta victoria, dice Lafuente, porque, en efecto, reconocemos que no podia haber gran lucha entre un ejército disciplinado y ya victorioso, mandado por excelentes capitanes y por un experto y afamado general, mayor además en número como era el español, y la poca, ruin é inexperta gente que tenia D. Antonio.

«Mas tampoco puede negarse la parte de mérito que en el triunfo tuvo la buena disposicion de la batalla, como los historiadores enemigos de España pretenden.

«El portugués Faria y Sousa, con cierto mal humor que puede disculpar el patriotismo, dice: «Yo no niego el valor, mas ejercitarle á donde falta resistencia, no lo llamaré cobardía» á trueque de que no le llamen victoria.

«Hemos tenido el gusto de ver la relacion que hace de toda esta campaña, con excelente crítica y con mas extension que á nosotros nos es dado hacerlo, nuestro ilustrado amigo y co-académico de la historia el Sr. D. Antonio Cavanilles, en la que está escribiendo de la *Dominacion de España en Portugal*,» prosigue diciendo el Sr. Lafuente, y efectivamente ella ha servido para justificar la opinion de nuestro diligentísimo historiador respecto á este asunto.

El derrotado D. Antonio hubo de refugiarse en la ciudad, despues de aquel combate desgraciado y al poco tiempo penetró tambien el duque de Alba por medio de capitulacion, y aun cuando el duque prohibió á sus tropas que se dieran al saqueo, esparciéndose estas por los arrabales y la campiña, cometieron infinidad de robos, entre otros, el de un riquísimo jaez de diamantes de un valor considerable, y que, como dice un historiador, era el ornamento y como el mayorazgo de Portugal.

El causante de todo esto, el bullicioso ex-prior de Crato, pudo escapar de Lisboa, siendo este uno de los cargos que se hicieron al Duque, pues pudiendo haberle cogido le dejó huir, y refugiándose en Santarem, lugar de su proclamacion, tuvo tambien que salir de allí, marchando á Coimbra, de donde se trasladó á Oporto, armando cuanta gente útil encontró en esta poblacion.

El 11 de setiembre de 1580, el duque de Alba dispuso que fuese jurado D. Felipe como rey de Portugal, lo cual tuvo lugar con todas las ceremonias de estilo, aun cuando con escasa concurrencia del elemento popular.

Felipe entre tanto hallábase en Badajoz retenido por una grave enfermedad que puso su vida en grave riesgo, llegándose á esparcir el rumor de que habia muerto, de cuya circunstancia se aprovechó el rebelde D. Antonio para escitar á sus partidarios, obligando al duque de Alba á adoptar algunas precauciones en la capital para en el caso de que aquella noticia resultase cierta.

Felizmente la mejoría del Monarca español vino á echar por tierra todas las esperanzas concebidas por los rebeldes, y el valiente Sancho Dávila, por encargo del Duque, salió en persecucion de D. Antonio, á quien derrotó cerca de Oporto, y aun cuando despues anduvo todavia seis meses oculto por aquellos lugares, y aun cuando Felipe puso á precio su cabeza ofreciendo al que se la presentase ochenta mil ducados, no hubo un portugués que tratara de ganar aquella suma, lo cual habla muy alto en pro de su hidalguía. Merced á esto el ex-prior de Crato pudo buscar un asilo en Francia, de donde todavia hemos de volver á verle salir dentro de poco tiempo.

El dia 26 de octubre de 1580 falleció en Badajoz la cuarta esposa del Monarca D.<sup>a</sup> Ana, y despues de terminados sus últimos deberes respecto á ella, penetró Felipe en sus muros, convocando Cortes para ser reconocido y jurado en ellas para la villa y monasterio de Thomar, pues la epidemia que reinaba en Lisboa y en otras importantes poblaciones, impedia reunir las en ellas.

El dia 5 de diciembre entró Felipe bajo palio en Gelves, primera poblacion portuguesa que le habia reconocido, vistiendo la toga del magistrado en vez del arnés del guerrero, cumpliendo lo que le indicara D. Cristóbal de Mora, quien le dijo: *Suplico á V. M. humildemente no entiendan los portugueses que V. M. no se fia de ellos, porque si no nunca les conquistaremos los corazones.*

Despues visitó en Villaboin á los duques de Braganza, quienes le juraron obediencia, nombrando al Duque Condestable del reino y haciéndole merced del Toison de oro.